

EMILIO SALDARRIAGA GARCIA

Poeta representativo de la poesía vanguardista en el fértil departamento de Piura, nació como un gran signo de esperanza, sobre las cálidas arenas de Talara.

Desde temprana edad demostró su vocación poética, cribando entre las hojas blancas de sus cuadernos de colegial sus primeras poesías, que iban más tarde, a constituir la razón esencial de su vida.

Emilio Saldarriaga García es un genuino autodidacta, vida intensa, entregada al nobilísimo oficio literario; sin ninguna interposición ideológica, ganado más bien por el auténtico mensaje humano, ha demostrado siempre una sensibilidad pronta a conmoverse ante los más fugitivos matices de la realidad moderna. Podría decirse de él, recogiendo el pensamiento luminoso del escritor anti-nazi Enrique Mann, que "*lucha por la humanidad en el barro de la vida*."

Desde el punto de vista axiológico, no es sólo la belleza literaria su preocupación permanente en homenaje a Caliope, sino más bien la razón de ser de nuestra hora: *la justicia social*. Y, es que, Emilio Saldarriaga García ha sentido la férula del amo yanqui, bajo el sol talareño, trabajando como "oil back" (obrero petrolero), en épocas duras para el obrerismo del norte peruano, cuando el "cholo" petrolero o el "yanacón" de los fundos piuranos soportaban el oprobio y la explotación. Las condiciones de vida han cambiado en la rica zona del "black gold", pero en la conciencia de muchos petroleros queda estrangulada la expresión rebelde de: "*Yanquis, go home!*..."

Las primeras producciones literarias de Emilio Saldarriaga García fueron acogidas por el diario *La Industria* en el año 1950. Después en los diarios de Piura *El Tiempo*, *Hechos*, *El Pueblo*; *El Norte* de Sullana; *Verdades* de Lima. Es colaborador incansable en numerosas revistas literarias, tanto nacionales como extranjeras, tales como: *Alfa*, *Pegaso*, *Creación*, *Tierra*, *Alborada*, *Dehiscente*, *Lírica Hispana*, *El Sol*, *El Reporter*, *The Post*, *Tierra y Libertad*, *Pan*, *Helvecia*, *Zenith*, *Cuadernos del Hombre Libre*, *Por Alquimia*, etc.

Ha sido incluido en prestigiosas antologías, como: *Prólogo del Alba* (Grupo Intelectual Primero de Mayo de Lima, en el año 1957); *Cuatro poetas peruanos* (Revista *Euterpe* N° 36 de Buenos Aires, Argentina en el año 1959); *Profils poetiques des pays latins* (Selección del poeta francés Henry de Lescoët de Nice-Francia en el año 1960).

Asimismo, está considerado en el *Anuario Cultural del Perú*, que publica el prestigioso editor Juan Mejía Baca, en la sección *Quién es quien en nuestra cultura*.

Le han sido conferidos por sus méritos literarios honrosos diplomas de honor. Es director del grupo literario "Liberación", con sede en Talara, que reúne a poetas nacionales y extranjeros, desde el año 1956.

De su producción poética sobresalen las siguientes obras: *Versos sencillos* (1952); *Poemas seleccionados* (1955); *Dimensión del amor* (1958); *Poetas petroleros* (1960); *Ombre* (1964), galardonado con el primer premio de poesía en los Juegos Flo-

rales Nacionales de "Unión Latinoamericana de Escritores" de Lima en el año 1963; su reciente entrega *Poema de un adolescente* con prólogo del poeta francés Henry de Lescoët; y el presente trabajo *Petróleo* que estoy seguro, despertará un inusitado interés, por su calidad literaria y proyección social.

Emilio Saldarriaga García ha visto la presencia de los derricks (castillos de perforación) desvaneciéndose en el horizonte de oro, semejantes a nuevos incas, subyugados por escualos blancos que venían con la sed del "oro negro"...

Su rebeldía no ha llegado a la acritud, ni a la maldición. Se ha dado cuenta de que está prestando un gran servicio, cuando contribuye a liberar al ser espiritual de la tiranía de la materia. Ha comprendido mejor que nadie, en tierra irredenta, que tenemos el deber de mostrar a aquellos que están sobre nosotros, que poseemos la fuerza moral suficiente para padecer por la Verdad, que nuestros ideales sociales crean el mundo humano.

Cabe insertar aquí, el pensamiento clarividente del famoso poeta hindú: *Rabindranath Tagore*, cuando nos habla de *El nacionalismo en la India*: "En los llamados países libres, la mayoría de la gente no es libre; la conduce la minoría hacia una meta que ni siquiera conoce. Esto sucede así porque la gente no reconoce como designio suyo la libertad moral y espiritual. Pero la perdición que les espera es tan cierta como la Muerte, porque la verdad del hombre es una verdad moral, y su emancipación está en la vida del espíritu. *No debemos olvidar nunca, y menos en los actuales momentos, que los pueblos que disfrutaban de libertad no son por ello necesariamente libres, sino que simplemente son poderosos...*"

A Emilio Saldarriaga García le ha tocado asistir a un período en que *el hombre moral, el hombre completo*, va desapareciendo cada día más, casi sin advertirlo, para ser sustituido por el *hombre político y comercial*, el hombre de las finalidades limitadas.

Así hemos visto su injusta postergación, minimizado en su propia tierra, castigado por la incompreensión de algunas gentes que circunstancialmente ocuparon cargos públicos; y que, sin embargo, le negaron al poeta la opción a ocupar el cargo bibliotecario —que por antonomasia le correspondía en Talara— durante el período municipal 1964-1966. Esta circunstancia deplorable, por cierto, debe ser superada por el actual burgo-maestre talareño, para beneficio y prosperidad de la cultura, que debe estar al servicio del pueblo, en nuestra joven provincia. ¿Será posible que las autoridades peruanas le nieguen su apoyo moral y crematístico, a un verdadero hijo del pueblo talareño, que con su obra intelectual nos enorgullece hoy y siempre...?

Hagamos justicia a Emilio Saldarriaga García, incorporado definitivamente, como poeta, a nuestra propia sensibilidad y patriotismo, porque la dignidad o el destino del hombre están por encima de los conflictos ocasionales, ya que resultaría absurdo tratar de anteponer el ideal del poder al ideal de perfección.

Lima, 29 de enero de 1967.

por Eduardo FARRO CASTILLO

SE MUERE LA GAITA Y LA TONADA

por Albino SUAREZ

Decíamos ya hace tiempo, que no sabíamos si eran muertas a intención o por ley natural, que no es lo mismo ni mucho menos, las costumbres de Asturias, pero nos dolíamos del actual discurrir de las cosas en las que, por mucho que se diga, no es, ni por asomo, lo que debiera ser la idiosincracia de una región, como la nuestra, tan llena de historia y seculares herencias. Herencias que se mueren. Como se muere la gaita, y no porque hoy haya mejores o peores hombres que la toquen, sino porque son menos, ya que son casi inexistentes los que se cuentan. Se muere la tonada de cumbre a cumbre, de llano a llano, de noche a noche. La que hoy existe es tonada de salón, en el que los sonidos son logrados por la preparada acústica del local; es un sofismo si se compara —¿es odioso parangonar las razones?...— a la canción lanzada de collado a collado, en noches de cortejo, de ronda, de luna llena, o sin luna, pero lanzadas bajo la inimitable bóveda donde la única acústica ha de ser el pecho a pleno fuero de voz y estilo, y no de cuerpo precisamente.... Se muere lo puramente ancestral; lo que queda son logros de botica o prefabricación convenida. Se muere en fin, la esfoyaza, el filandón, el llar, la tertulia junto al fuego en noches de invierno; la verdad de las romerías de siempre, que no son las de hoy... si se muere la Asturias de siempre.

¿Palacio Valdés no lloraría hoy las aldeas muertas...? Las lloraría, claro que sí sobre todo aquellas que fueron muertas prematuramente. No valen caretas o representaciones, en los escenarios públicos de toda actualidad, que nos muestren un antrúejo en vez de una verdad de

todo tipo, ya folklórica, ya histórica o, simplemente, de pura costumbre secular. Las lloraría Palacio Valdés, las llora Camín, Eladio Verde, todo buen asturiano, nosotros... No lloramos, porque no, el progreso, ni nos duele, pero nos daña la ausencia de una Asturias que se va en cada vez más lejanos horizontes, hasta tal punto que, hoy por hoy, las mejores representaciones de nuestra región se hallan o fuera de nuestro principado o fuera de nuestra patria. Eso al menos nos demuestran los que prosiguen con las mismas raíces, que es la mejor fuente de origen, y en las que no caben injertos, ni adulteraciones de razones prefabricadas.

No nos duele la Asturias actual, la de toda pujanza y progreso; la de la mejora en pro de todos; la de mejores caminos; teléfonos, televisión... No, pero nos duele la que se pierde, la que se olvida, la que se va a los mares llevando una canción... la que no representa fielmente a la raza, la que ocupa un puesto y no lo merece tal como algunas agrupaciones de laboratorio; la que se debate en busca de toda salida que no ve; la que ha apagado sus ecos de quintana a quintana; la que no le basta con llamarle "guapina" y tener cantores de cazuela y olla que más que cantar lo que hacen es inmolarse y no inmolarla; nos duele la falta de reitanes y jilgueros en las ramas de los cerezos lanzando sus tonadas al aire, nos duele porque son exterminados y no se pone coto ni se castiga esta indolencia de tan-

tos escopeteros necios; nos duele, sí, la Asturias que va muriendo de negligencia, de manera especial en quienes mantienen esa desfasada razón negligente. ¡Ay! Nos duele tanto que no sabemos qué y cómo señalarlo...

Porque si hay dos Asturias, como dice el gran poeta Alfonso Camín, que una no sea la que se olvida de sí misma: que sean la del progreso y la del folklore, la de la tonada al aire; la que camina por todas las rutas y todos los derroteros de gloria. Una que sea, la que cree fábricas y trabajo, progreso; la otra, la que conserve su espíritu pelayista, la que luche contra el invasor y, echados de su suelo, devuelva a sus propietarios lo que a cada cual correspondiese; la que sienta su mejor orgullo en ser cantora de sí misma; pero en el más puro simbolismo, en la acepción más perfecta.

Decimos "nos duele"... Lo decimos porque somos muchos miles de asturianos los que queremos conservar nuestra mejor historia, nuestros monumentos arrancados al pasado y arrancados a aquellos que un día, sintieron el sueño de la grandilocuencia invasora, pero que hubieron de admitir nuestros derechos. Nos duele, sí... Porque, a la vez que se camina por un campo de prácticos resultados, también es posible hacerlo por otro de amor a lo que dio vida, fe y esperanza, nombre y apellido a una raza, a un folklore, a una historia... Historia por lo que pedimos, ahora, no nos cambien la trayectoria más pura y virgen de nuestra idiosincracia, que debe ser cada día más respetada y cada día, si cabe, más encumbrada que debe ser, no que lo es, que si ya lo fuera, no nos dolería lo que tanto nos duele.



¿Qué es lo que somos? Los químicos nos dicen que existen sesenta y cuatro elementos primarios en la materia; primarios porque son sustancias que no se pueden descomponer, al menos hasta hoy no ha sido posible hacerlo.

De todas las sustancias elementales primarias conocidas por la química, no hay una que de alguna forma u otra no exista en el organismo que constituye al hombre. No existe fuerza, forma o inclusive idea que no encuentre su representación en la naturaleza del hombre.

Elaborada perfección del hombre

El gran arte de la mecánica está ahí en su más elaborada perfección. Cada articulación, cada hueso, es una ilustración magnífica de este arte. En cada uno de los órganos en movimiento se combinan la ligereza, la fuerza y la belleza. La mano del hombre representa a todas las potencias del ser, ya que es el instrumento mediante el cual el hombre obtiene y cumple con todas las exigencias de la vida material. Mediante la mano, el hombre a través de la mecánica ejerce control sobre los elementos. Puede escalar las altísimas montañas. Volar libremente en el espacio o sumergirse en las profundidades del océano. Puede taladrar las entrañas de la Tierra y gobernar el fuego y hacerlo su esclavo. Puede atar los relámpagos y lanzar su pensa-

miento a través del viento indomable y del espacio infinito.

En una palabra, ha escalado las cumbres del poder desde donde impera sobre los elementos haciendo de la naturaleza su sierva. La clave de esos maravillosos instrumentos que permiten al hombre ejercer su poderío está en esa herramienta mecánica admirable que es la mano humana, capaz de adaptarse a todos los usos que las formas materiales exigen, y poseedora en su sutil mecanismo del más perfecto de los principios del arte de la mecánica desconocido aún por la ciencia.

Consideremos la ciencia de la hidrostática en el maravilloso juego de los fluidos que vitalizan cada porción del sistema humano, pasando como pasan a través de la aorta, la cual se ramifica en miles de tubos conductores que transportan la vida hasta la última fibra del sistema. Seguramente que este sistema natural hidrostático del hombre, ha sido el gran modelo del cual han salido todas las imitaciones.

La neumática tiene su modelo en los pulmones del hombre; la acústica en la fina y delicada estructura del oído y la óptica en el ojo humano que a pesar de su pequeñez es la ventana del alma.

Tales son algunos de los poderes manifiestos en la naturaleza del hombre. Tales son los sublimes resultados que parecen brotar de su glorioso mecanis-



por Providencia Kardek

mo. ¿Pero en qué se convierten estos sublimes poderes si los separamos de su naturaleza espiritual? En un cuerpo, en una forma sin vida.

Quizá esa forma fuera una vez un monarca del continente europeo, el hombre que conmoviera al mundo y que extendiera su vasto imperio por todo el orbe. Ahora que su naturaleza está separada de su espíritu decimos que "está muerto". El "pequeño caporal" está muerto. Ya no es un hombre.

Quando se separa el espíritu

¿Dónde está ese cerebro genial de general? ¿Dónde está el capitán invisible, aquella alma poderosa que con su sola mirada dirigía los ejércitos? ¿Qué fue del poderoso ejército disciplinado por su palabra?

Fue la unión de la vida espiritual con la natural lo que hizo que Napoleón se convirtiera en amo de Europa. Quítenle esa espiritualidad, apaguen su luz y vean que reino le queda. El ejército puede esperar, pero él no vendrá. Podrá sonar la trompeta y el clarín rasgar los aires y él no responderá. No se mueve ni se excita ni responde. Ni los hijos ni la esposa; las multitudes y las legiones expectantes podrán moverlo jamás. El espíritu se fue y sólo permanece la naturaleza. En pocos meses o quizás años, no quedará siquiera polvo para atestiguar lo que él fue.

Cuando contemplamos los maravillosos atributos de la mente, la cual no está obstaculizada por el tiempo y el espacio; mente que devela la cortina del pasado y traspasa con el ojo de la ciencia el futuro incierto. Cuando consideramos cómo el imperio del alma penetra por el conocimiento los misterios del espacio vastísimo y lo comparamos con la forma enana que se encoge bajo el azote del invierno y se desmaya bajo el castigo abrasador del sol en verano.

Cuando nos acordamos que el poder maravilloso, que hace de esta forma su instrumento, está ligado a su cárcel natural por un hilo fragilísimo que puede ser quebrantado por la punta de una daga o por el relámpago de los cielos y que éstas y tantas cosas más pueden apagar definitivamente su luz convirtiendo a este semi-dios en un pedazo de tierra frío, inerte e impotente.

No nos queda más que deducir que la chispa vital es algo más que pura química, que la gloriosa forma, no importa lo bella que sea, es un hombre cuando está vitalizada por el espíritu y que una vez que éste ha partido no es más que la cárcel, la vestidura del hombre. Perdonemos a los materialistas por pensar que esta vestidura material, adaptada admirablemente para llevar a cabo los propósitos del espíritu, es el alma, en vez de ser su imagen solamente.

VUELO ESPECIAL

por Emilio MARIN PEREZ

Estamos en la parda Extremadura y en Montemolín, en la cornisa meridional de la meseta castellana.

Montemolín es un pueblo con historia, pero que está gravemente amenazado, como otros muchos de la región y de España entera, por el absentismo.

Casi no haría falta puntualizar, el caso se repite indefinidamente. La gente huye del campo, quiere buscar el vellocino de oro de la industria.

Así este pueblo, de escasas posibilidades de industrialización, se está “desintegrando” para incrementar el censo de alguna magápolis de la propia nación, como Barcelona, o para integrar alguna concentración fabril de arriba de los Pirineos; de Alemania, de Francia o de Suiza.

Ya no hay América; los conquistadores se han hecho objetivos y prácticos, cien por cien. Y traerán dinero aunque no “hayan gloria”.

La clara e ilustre ejecutoria de este “pueblín” no es óbice, como es natural, para contener la sangría, el “desmigajamiento”. No se consideran sus moradores solidarios con la idea del mantenimiento de las apariencias. Eso de las apariencias es cosa pasada, historia vieja. La “fuerza centrífuga” ha roto los viejos moldes, el criterio de los abuelos. Ahora hay que vivir mejor donde sea; ahora las “goteras” de las familias, que no precisamente de los caserones, aunque a veces coincidan, deben ser tapadas con el dinero de la emigración. Y se salvan las fronteras con la facilidad con que antes se salvaban las lindes de los predios rústicos, flanqueados en la lejanía, por una monótona teoría de olivos y de encinas, árboles grises de Extremadura.

No sabemos lo que de bueno o de malo pueda, en definitiva, resultar de este humano trasiego; el caso está ahí como un fenómeno incoercible de los tiem-

pos modernos, acuciando con su progresión el interés de sociólogos, políticos y moralistas.

Montemolín, núcleo urbano mondo y lirondo, sin aldeas ni cortijadas, tenía hace treinta años unos tres mil habitantes. El último censo no le da ni los dos mil.

Pero, eso sí, fue en sus buenos tiempos —quien diría que aquellos tiempos iban a ser mejores— capital del poderoso Concejo de la Mesta, que agrupaba a los ganaderos de ovejas; cabeza de las “cinco villas”; feudo de D. Pelayo Pérez Correa, Maestro de la orden de Santiago y capitán ilustre de Fernando III, y una porción de cosas más.

Extremadura es un horno en el verano, pero también van en el verano los forasteros a Extremadura. Veranear es, o puede ser, algo así como “hincharse” de verano, y ninguna forma más directa de hacerlo que irse allí donde el sol no tiene tasa.

En último extremo la alberca de alguna huerta puede hacerle creer a uno, cerrados los ojos, que se solaza en alguna playa recoleta, de las que van quedando pocas.

Y surgió el tema sin buscarlo, como esa hermosa liebre inesperada que se aparece tras un matorral al leñador inocente. Dando por bueno que todavía haya liebres hermosas después de esa epizootia artificial de la mixomatosis, que atravesó los Pirineos y que no deja lepórido vivo en estos campos.

Los pueblos pequeños cuecen en el “casino” la problemática entera de la comunidad. Se comentan los acontecimientos de dentro y fuera con esa subjetividad y calor de que sabemos hacer gala los españoles cuando nos ponemos a pontificar.

Ahora los acontecimientos tienen órbita continental. A medida que el pueblo se achica el “temario” se agranda. Empiezan a significar en el interés de las

conversaciones las “colonias” de Madrid, de Barcelona, de Hannover, de Burdeos o de Zurich. Y con la consideración de los más arduos problemas cuenta siempre un remanso de anécdotas. Vamos con el ejemplo.

José Martín Rosario, alias el “Cano” es un mozo rubiales de unos 25 años, que trabaja en Francfort, la patria de Goethe y de las salchichas.

Eran en casa siete hermanos, y será muy difícil que se sienten juntos a la misma mesa en adelante. Dos trabajan en Barcelona, otro en Andalucía, una —mujer por cierto— también en Alemania occidental y... así sucesivamente. Quedan dos benjamines en la casa en espera de lo que sea, si los tiempos cambian para atender a la gleba y si no para levantar el vuelo también.

Me han puesto en la pista del “Cano” y de su gente en el “casino” y me procuro una entrevista con su padre.

El “Cano” tuvo que venir hace tres meses de Alemania por un motivo grave. La vida de su madre se estaba eclipsando. Le pusieron un telegrama a última hora, cuando la ciencia consideró que se habían agotado las esperanzas. Se murió de “cualquier” cosa, de una enfermedad no muy bien definida, con la complicidad de los virus de la pena, del agotamiento y de la vejez.

El cabeza de familia, Manuel Martín Núñez, es un campesino de rostro atezado por los soles y los fríos inclementes de esta tierra dura. Tiene 64 años. Es el único que puede proporcionarnos información de primera mano sobre el emigrante de Francfort.

A Manuel le llaman “Ciruelo”; es obligado decirlo. En el pueblo no hay Manuel Martín sino “Ciruelo”, “Ciruelo” nada más. Le hemos preguntado si nos autorizaba a usar el mote y no mostró inconveniente. Su origen no era vergonzante. Alude, por lo que nos dice a un “heroico” atracón de fruta de sus tiempos juveniles. Por regla general los sobrenombres pueblerinos no son tan blancos como éste.

Manuel Martín, nuestro “Ciruelo”, contesta así a nuestro interrogatorio.

—¿Cuándo ocurrieron los hechos, amigo?

—Hace un par de meses. Cuando mi mujer estaba en las

últimas le puse un telegrama a cada uno de los hijos que están fuera. El que quisiera ver viva a su madre por última vez que acudiera si podía...

—¿Dónde trabaja su hijo José?

—No sé con certeza. En Alemania, desde luego, pero como aquellos pueblos tienen los nombres tan "enrevesados"...

En realidad es que Manuel no se compromete a decirlo correctamente, pero alguien le ayuda. Es en Francfort, nosotros ya lo sabíamos y no buscábamos sino una formularia confirmación.

—¿En qué trabaja?

—En una fundición de hierro o algo por el estilo.

—¿Gana bastante?

—Sí, eso parece. El podía desde luego hacer el viaje mejor que los demás.

—Y lo hizo en avión especial, ¿no es eso?

—Sí y no. Las cosas en sus justos términos. Cuando recibí mi telegrama se fue al aeropuerto más próximo para tomar el avión de España y se encontró con que ya había salido. Pero vino la suerte a depararle una oportunidad. Y no se podía desaprovechar. En la sala de espera oyó a unos señores que hablaban su idioma y que parecían dispuestos a emprender el viaje ya que su aparato estuviera a punto...

—Y, según nos han contado, cogió la ocasión por los pelos, ¿no es eso?

—Pues, sí señor, justamente. Yo no sé exactamente cómo sucedieron las cosas, pero el caso fue que "mi" José se acercó a

aquellos señores y les contó atropelladamente lo que le pasaba. Eran cuatro o cinco y entre ellos había una señora muy elegante. ¡Qué bien trató aquella señora a mi hijo! Que Dios se lo premie.

—Naturalmente "mi" José les dijo a aquellos hombres que él estaba dispuesto a pagar su parte. ¡De "gañoteo", "na"!

—¿Y aceptaron?

—No se hizo trato. Tenía que venir porque la cosa era urgente y no había nada que hablar.

Y sigue contándonos Manuel un tanto escamado por nuestra curiosidad. Casi no comprende que la cosa pueda interesar a los periodistas.

—¿No mediaron palabras durante el vuelo?

—Pocas. Aquellos señores hablaban entre sí de sus cosas. Eso sí, José ofreció a todos unos cigarrillos y el que parecía dirigir el grupo le preguntó algunas cosas, sobre su trabajo, su familia y su pueblo.

—Al llegar al aeropuerto de Barajas, en Madrid, fue cuando realmente vino a conocer a sus compañeros de viaje.

—Era la hora de la liquidación de cuentas, y la de las despedidas y los ofrecimientos amistosos —adelanto a mi interlocutor, que sigue en el uso de la palabra.

—A Barajas había acudido mucha gente principal. Mi hijo se quedó algo encogido. Aquellos emigrantes eran de mayor categoría que la suya. ¡Pero si estaba allí una compañía de aviación con música y todo al pie de la escalerilla! Mi "Cano", el pobre, no sabía qué hacer.

—Era, nada menos, aquel señor que llevaba la voz cantante, un señor alto, de bigote y con traje oscuro; D. Antonio María de Oriol y Urquijo, Ministro de Justicia. Había hecho el viaje con él, con su esposa, con su secretario particular y con no sé quién más...

No sé si mi hijo tuvo tiempo de hacer ademán de querer pagar su parte quizá no le hubieran llegado los cuartos —lo que sé es que el Ministro dispuso corriendo que le facilitaran el medio más rápido de llegar a Montemolín, y a su costa precisamente. Aquel muchacho tenía prisa...

Luego mi José se encontró, a pesar de los pesares, con lo inevitable, con su madre muerta.

—Y aquí terminó el caso, ¿no es eso?

—No todavía. Un día o dos después, se interesó el Señor Ministro por medio de un secretario por la vida de mi mujer y cuando supo que la cosa no había tenido solución le escribió a mi José el propio señor Oriol una carta dándole el pésame.

Aquí remata mi reportaje. Que nos perdone el señor Oriol si le parece indiscreta nuestra determinación de airear esta anécdota, de la que él, ganado por la ingenuidad, la llaneza y la decisión de un muchacho extremeño vino a ser protagonista.

Si tiene, claro es, oportunidad de leerla.

Que sí tendrá, porque nos prometemos que sea él el primero que lo lea.

En Montemolín saben la anécdota hasta las ratas

MADERERIA

LAS SELVAS, S. A.

MADERAS

TRIPLAY, CELOTEX
FIBRACEL, MASONITE
DUELA PARA PISOS,
CAOBA, CEDRO ROJO,
OCOTE Y PRIMAVERA.

TELS.

22-23-22, 22-10-22 y 22-29-06

EMILIANO ZAPATA 124

MEXICO 1, D. F.

MADERERIA

CARDENAS

M. ALONSO Y CIA.



FERROCARRIL DE CINTURA 209

MEXICO 2, D. F.

TELS.

26-53-16 y 29-12-28

FLORENCIA PINAR.—(Siglo xv). Fue dama principalísima de Isabel I de Castilla, a más de ser la primera mujer que figura como poetisa en el parnaso castellano. Tomó parte en varios e importantes juegos poéticos de la época con envidiable éxito, glosando canciones populares que estilizó con encomiable finura. Algunos de sus poemas, donde siempre se asoma el encanto de su femenino espíritu, figuran con todo honor en el "Cancionero General de 1511" y sus canciones completas, o las que de ella se conocen, en el "Cancioneri castellano del siglo xv", que editó Fouché-Delbosc, en la Nueva Biblioteca de Autores Castellanos. He aquí una de sus preciosas canciones:

CANCION

Es la voz de mi canción
de un dolor que al alma toca,
que el tenor que lleva la boca,
las contras, el corazón.

Las palabras son dolores
que andan en el pensamiento,
penados del sufrimiento,
que las hace ser mayores.

Van notadas de tal son,
que su voz al alma toca,
y el tenor lleva la boca,
las contras del corazón.

DIEGO LOPEZ DE HARO.—(Siglo xv). Dicen, y con razón, que fue uno de los líricos más importantes de cuantos florecieron en la corte de los Reyes Católicos. Tomó parte, como capitán, en la conquista de Granada. Fue diplomático en Italia. Escribió un curiosísimo diálogo filosófico titulado: "Entre la Razón y el Pensamiento". Tuvo fama de amador fidelísimo. En la Real Academia de Historia (España), se conserva un manuscrito suyo titulado "Aviso para cuerdos", poema doctrinal compuesto de unos mil versos pareados y en el que intervienen hasta setenta personajes. La mayor parte de sus poesías están en el "Cancionero General".

CANCION

¡Oh desdichado deseo!
Agora que os conocí,
ni me alegra lo que veo,
ni me pena lo que vi.

Pues la vida en su manera
a la voz es comparada,
que se muestra en lo de fuera
grande ser, no siendo nada;
por do bien ninguno creo
pues de todo lo de aquí
ha de ser de lo que veo
como fue de lo que vi.

LOS CLASICOS

LOS CONTEM- PORA- NEOS

Carlos Edmundo de Ory nació en Cádiz, el 27 de abril de 1923. Se traslada a Madrid en 1942.

Funda el *Postismo* (movimiento artístico-literario de vanguardia) en Madrid, año 1945-enero. Codirige sucesivamente las revistas *Postimo* y *La Cerbatana* con Eduardo Chicharro y Silvano Sernesi.

Ejerce la crítica de arte y colabora con Mathias Goeritz a la fundación de "Los nuevos prehistóricos".

En 1950 es llamado como redactor de la revista "Correo Literario" que funda Leopoldo Panero.

En 1951, publica en compañía del pintor dominicano Darío Suro el manifiesto de "poesía-pintura" denominado *Introrrealismo*.

Colabora en la revista "Cuadernos Hispano-americanos".

En 1953 se traslada por primera vez a París.

En 1957 viaja a Lima (Perú). Profesor de Literatura y Lengua Española en la Escuela Normal Superior (Chosica, Perú).

En 1958-septiembre, retorna a París.

1963: Corresponsal de la revista *Indice* de Madrid en París.

Ejerce periodismo. Miembro del Comité de Lectura de la Editorial Buchet/Chastel de París.

Giras anuales de conferencias en España.

En 1967 se traslada a Amiens: bibliotecario y animador de la Maison de la Cultura de Amiens (Francia).

Ha viajado por Africa del Norte, Europa y América del Sur.

HABRA OTRO CUARTO

Para descubrir filones
y cofres de sollozos
en las entrañas de la nieve
habrá otro cuarto.

Fabulosos tesoros de carne
igual que piedras preciosas
si jamás penetra un hombre vivo
habrá otro cuarto.

Al aire libre, bajo el azur
cribado de telas de araña
cribado de estrellas mientras gozo
habrá otro cuarto.

Estáis prestos a penetrar
en el interior del Amor?
Lo mismo da durante tiempo
este agujero de culebras.

Muy santa y muy fatal
beatitud de los sueños
un mar de espejos mágicos
oh maravilla absurda.

Mi amado lupanar
mi basura de carne
melena, flores, órganos
amo la oscura dicha.

Antes de echarte el diente
tu desnudo es vergüenza
y mi crimen de niño
rindió posible lo íntimo.

Por ese dulce abismo
de carne nebulosa
mi poder oh qué torpe
se convirtió en ternura.

Ningún pudor grotesco
ambos nos comportamos
con acuerdo y ruptura
por el mal disfrazado.

Nacida con la marca
de desnudez creciente
la dicha altisonante
saborea la angustia.

La mujer está desnuda
despojada de retórica
qué drama de escultura
momento de delirio
vértigo consumado
vida o muerte tú eres
catedral de cenizas
tumba de la inocencia
nada de idea pura
sino armario ideal.

MANUEL PINILLOS

Nació en 1914 en Zaragoza, España. Su obra poética es muy extensa. Ha publicado hasta el presente 17 libros y tiene otros muchos aún inéditos.

En 1951 fundó y dirigió la revista "Ambito" y próximamente dirigirá "Despacho Literario". Ha sido traducido a varios idiomas e incluido en varias antologías, nacionales y extranjeras (en éstas, no sólo de poetas españoles sino también de europeos).

Próximamente se le dedicará un capítulo en unos estudios sobre poetas de todo el continente europeo, editado por los Penguin Books (ediciones de bolsillo "Pingüino") de Londres.

Además de muy diversos ensayos sobre materia poética o sociológica, ha dado innumerables conferencias y recitales en distintas capitales españolas: Madrid, Barcelona, Santander, Zaragoza, Alicante, Soria, Huesca, Teruel, Valencia, etc.

Ha obtenido diferentes premios literarios y sobre su obra se han ocupado diferentes escritores y lectores de español en universidades extranjeras, catedráticos de literatura, etc.

Reside en su ciudad natal.

YA NO DESCANSE

Vieja es la muerte. Muerte veo y toco.
Sobre los mares, sobre enormes muros,
sobre el cansancio donde el tiempo brota.
Siento en noticias que me llena un ruido
muy semejante al del disparo seco
que apelotona ristras de cadáveres.
Soy un lector de esa tristeza. Añoro
aquel gran sol que iluminó mi cara
cuando en los años de la infancia, tibia
hallé la almohada del candor, tan bosque.

Se muere a chorros, por la vieja Asia,
y en la Europa archirrota —como España—
y por la nueva y tan convulsa América,
y en esa selva donde la terrible
Africa suena, cae lo mismo: el rayo.

Y yo no puedo ya dormir. La noche
me coge el rostro y me lo va cubriendo
de una humedad de lágrimas tendidas
que, sin embargo, no se ven; se sufren.
Se sufren y se anudan al adentro,
que tiene un eco de catástrofes.

Lloramos muchos con la entraña. Muchos,
desde la vida de a diario, vamos
con un sollozo bajo el cuerpo. Es agria, . . .
es atrozmente dura esta contienda.
Hombres que son como nosotros, caen:
son inocentes pero caen segados
por un violento cataclismo. ¡Hidra,
forma del mundo, cesa de aplastarnos,
cesa de darnos el veneno! ¡Cierra
tu grifo intenso de destrozo! Ahora,
en el momento más tortuoso, acaba
con ese vasto derrumbarnos,
mientras cínica, hermosa, en los atardeceres,
presentas tu sonrisa o te cubres de estrellas.

Leo, oigo, que están acuchillando
a humanos compañeros,
a retundidos armazones de alguien
que como yo está yendo adentro, adentro
de ese llamear que es cada vida. Y sube
mi resollar como abrasado. Nunca,
nunca ya más descansen mientras tales
devastaciones se renueven. Pase
mi corazón como una tea ardiendo.
A golpes ande contra el cementerio
insomne y agrandándose hasta el vértigo
que es ya el planeta que nos dieron antes,
cuando se abrió la luz y el hombre, joven,
tan joven como un dios, comenzó a anhearse
y los largos caminos
le abrazaron los ojos y fue voz el silencio.

QUE NADIE ESPERE QUE VAYA

Que nadie espere que vaya
a ser festín de las hienas
o nave rota en la playa.
¡Yo sé vivir sin cadenas,
yo sé morir en la raya!

GALERAS DEL TURCO

Contra los odios levanto
mi valor de tal manera,
que hundo galera y galera
como Don Juan en Lepanto.
Voy de quebranto en quebranto
y no dejo de sangrar;
pero querer esperar
a que en mis luchas abdique,
es ponerles como un dique
rejas al viento y al mar.

ALFONSO CAMIN

TRABAJO

Se tensa el músculo potente
ante el audaz barreno que perfora
la tierra, escudriñando sus tesoros.
La espiral, receptáculo de fuerza,
que moverá complejos mecanismos,
se somete al empuje de tu mano.
Recios yunques donde el acero se doblaba
en sumisión a ti.
Bielas, taladros, rápidas garlopas.
Bronca armonía de motores raudos.
Ruedas dentadas que, al girar, transmiten
el aliento fecundo de tu impulso...
Potentes máquinas que luchan
en el surco amoroso de la tierra
para enterrar la mágica simiente,
flor y pan de mañana...
Todo lo mueves tú,
con tu vibrante pulso vigoroso,
operario que ignoras la fatiga
y la espina cruel del desaliento,
junto al técnico hábil
con su claro bagaje de experiencia
y el audaz empresario...
Tu mano creadora,
removiendo triunfante mar y tierra,
magnifica el trabajo,
beso de paz en todos los espíritus,
sol radiante de amor
que ilumina los ámbitos del mundo.

José MAQUEIDA ALCAIDE.

TU HOMBRO

Tu hombro para mis sueños, es verano;
para mi soledad, prado viviente;
para mi frío es un camino ardiente
donde descansa de su afán mi mano.

Ahí se prolonga en infinito plano
la sangre de mi piel, luz reviviente;
ahí se verdea, manantial caliente,
el largo sueño de tu seno en vano.

Ahí por el tacto de mi piel yo tomo
ese calor humano que tú envías,
esa ternura del estar contigo...

Por el tacto de tu hombro yo me asomo
hechas de soledad mis cinco rias
y es tu piel ardorosa mi testigo...

LEVANTATE

Levántate de tu prestada cama.
Recoge tus papeles bajo el brazo.
Tapa la fría Luna en tu regazo
que es hora ya, que el pueblo te reclama.

No debes demorarte, el toro brama,
la yerba en la pradera es un pedazo
de vida que se incendia, cruel retazo
de sed, que como lluvia te reclama.

Te exige el pueblo porque alba fuiste
y no puedes negarle tu palabra
que ya en misión de líder te pusiste.

La tierra te reclama, amargo quiste
que tendrás que dejar que el pueblo te abra
porque tú al pueblo la esperanza abriste.

Juan Antonio SANCHEZ ANES.

VIVIENDO CADA DIA

¿Qué día es hoy? Viernes.
Viernes, un día cualquiera comienzo a hacer
[historia.

Un vulgar ciudadano. Yo un pobre niño.
Un pobre hombre si queréis.
Uno que quiere hablar con las estrellas
a pesar de los años y los guiños
de tanta propaganda que no logra
salvar la escasa sangre que mantiene la vida.

Mis papeles los tengo en la oficina
junto a la sumadora y los decretos
que guardo en los archivos,
Mis sueños van colina arriba,
regresan a la mar
y retornan de nuevo
al calor de sus nidos.

"Hay que vivir". Lo dijo el profesor
lo dijo el empresario
y algún otro testigo.
Y seguimos viviendo. ¿Para mañana? ¿Para hoy?
El porvenir puede ser nuestro
y hasta podemos ser un hombre con provecho.
Dios sabe lo que digo.

Hasta podemos presentarnos
a algún concurso floreal, a uno de esos...
Pero mis hijos lloran y es inútil mi encuentro
con la rima sobona.

Hoy llega a mis oídos
esa opaca noticia de otro Kennedy muerto
a través de la radio que gime como un niño.

En fin, amigos míos, mi paciencia reduce
toda la historia cierta de un día cualquiera.
Olvido que pienso hacer historia donde sólo
clavan sus múltiples antenas
los hombres y los grillos.

Juguemos y juguemos. Seamos hombres,
pero primero los amigos.

Aprendamos a aparcas la esperanza
de sentirnos más niños.

Hoy un poeta se salta las barreras
de la ciencia y los arcos en triunfo
y canta lo que siente y lo que vive
un viernes amarillo.

Leonardo ROSA HITA

TRIPTICO DE SONETOS AMOROSOS

I

INCIPIENTE AMOR

¿Quién puso en ti, serena y rica rosa,
tanto tranquilo amor y tanta espiga?
Qué puedo yo decir, que no te diga
el mar abierto que en tu frente posa.

Libélula sutil, que no reposa
buscando por los aires quien consiga
contemplar tus primores, quien bendiga
tu divina escultura, tan grandiosa.

Amarte a ti debiera ser forzoso.
¡Oh qué dulce asignatura del querer
en la amarga carrera de la vida!

Desnúdate de ti lo tenebroso,
que un sol de fuego buscará en tu ser
sabrosa gloria, que amarás rendida.

II

VIVIENDO EN PLENITUD

Igual que la gozosa primavera,
en su edén palpitante se embriaga;
así mi vida íntima se halaga
con esa flor que de tu ser me espera.

¿Estoy soñando loco? ¿Es quimera
esta dulce canción que va a la zaga
de toda plenitud? No se deshaga
por los siglos de siempre nuestra entera,

perfecta comunión de amor saciado.
Por tus labios de ayer hoy he sabido
que no son las estrellas tan extrañas.

¿Qué pequeño es el mundo así mirado!
Entrégame tu yo, toma mi olvido
y compartamos juntos las montañas.

III

ARRIBADA

La antigua madrugada ¿qué sentido
ignorado me trajo hasta tu aliento?
Nadie puede decir lo que yo siento,
ni el vasto mar que de tu nombre anido.
Con la mies que en tus campos he cogido,
hallo mi ser y en ella me alimento.
Rogándote en tu lluvia fui sediento
y estoy con gozo en tu redal prendido.

¿Qué serena quietud tengo en la frente
bajo el dulce clamor de tu mirada
que día a día el alma me acrecienta!

Saturada la pena huyó inclemente.
Hoy es mi corazón una ensenada
donde el barco del tiempo se aposenta.

Diego NAVARRO MOTA.

CUATRO POEMAS AL MAR

DESDE MI LEJANIA

Desde mi lejanía, tus rumores
beso al secreto de unas caracolas
marinas, y el reflejo de las olas
vence al aroma de mis propias flores.

Así finjo arrumbar a tus albores,
ceñido el viento de mi ser a solas,
con voz de ¡Vida! por las serviolas
en los altos recuerdos avizores;

cuando es la realidad, que te me has ido
hueco en la flor de mi perfil varado,
tú, mar, al que no paro de quererte;

y al huir, todo azul, has presentido,
cómo, naufragio en ti, desarbolado,
yo seré todo tú, cuando mi muerte.

Eduardo GENER CUADRADO

BARQUITO DE BLANCA VELA

Barquito de blanca vela:
risueña proa de sales
y seducción de sirena.

Se rompe el viento en tu lona
como una caricia blanda
de algas corales y conchas.

Barquito de vela blanca:
los peces alborozados
te saludan y agasajan.

¡Corta la cálida brisa
con tu bauprés luminoso
encendido de sonrisas!

¡Sea tu foque guitarra
de coplillas marineras
impregnadas de nostalgia!

Al atardecer violeta,
tu perfil cobra un prestigio
de sosegada belleza.

Barquito de blanca vela:
tienes sal de bulería
y embrujo de petenera.

José MAQUEDA ALCAIDE

EL MAR ESTABA ALLÍ

El mar estaba allí,
recogiendo la brisa a grandes sorbos
que del roqueño monte descendía.

El mar estaba allí,
devorando la roca suavemente, a dentelladas
cultas y precisas.

El mar estaba allí desde el principio.
Uno a uno,
nos traía mil siglos a los labios;
y, tibiamente a sal, sabían las palabras.

Bajo el ascua latina del olivo,
la soledad y la muerte anochecían.
Bajo el ascua latina del olivo,
navegaba a lo lejos la esperanza.

El mar
era tal vez un verbo aquella tarde.

Pedro ESPINOSA BRAVO

M A R

Suave quietud del agua;
mansas olas;
salada transparencia;
verdiazul terciopelo desmayado
sobre un ancho camino de sorpresas.
Dilatada llanura siempre verde,
sin árboles,
sin casas;
pradera sin ganados que la crucen,
ni vaqueros audaces que maltraten
tu verde y ondulante superficie.

Tu mundo,
el mundo misterioso que en ti vive,
palpita en tus entrañas
bajo el cristal sereno de tu imagen
oculto a las miradas.

Tu presencia inocente,
aunque de dimensiones infinitas,
es una sucesión de gotas de agua.

José CABELLO Y CABELLO

CUENTO

EL CAMELLO

por **José MAQUEDA ALCAIDE**



¿Por qué le llamaban en toda la barriada "El Camello"? A primera vista, hubiera podido parecer que aquel apodo obedecería a la circunstancia de que tuviera algún parecido más o menos remoto con el pacífico rumiante regocijo de los pequeñuelos en las cabalgatas de Reyes Magos. Pero, a decir verdad, Jacinto González no tenía ningún rasgo ni actitud que le hiciera semejante al citado animal.

Era un hombre bajo y regordete, de unos treinta y cinco años, de cara redonda un poco pálida. Sus ojos pardos estaban protegidos por unas cejas pobladísimas. Estos dos trazos de pelo rabiosamente negro constituían sin duda la nota más saliente de su fisonomía. Su boca, de labios carnosos, al entreabrirse en el juego de la charla, dejaba ver un colmillo de oro a la izquierda del maxilar superior.

¿A qué se debía, pues, el remoquete que le daban? Muy sencillo. Los cabezas de familia de aquella barriada habían fundado un círculo recreativo denominado "La Concordia" en el que se reunían para jugar a las cartas o al dominó y degustar, entre otras bebidas, una rica cerveza de barril que adquirían a precio de mayoristas y que, por este motivo, les resultaba más económica que en cualquier bar o taberna del barrio.

Jacinto González fue invitado a formar parte de la sociedad y a los requerimientos que le hicieron, contestó:

—Lo siento mucho, señores. Carezco de tiempo para divertirme. No conozco ningún juego. Además, no bebo absolutamente nada. Por todas estas razones, no me interesa, de momento, aso-

ciarme. Si más adelante variara de opinión, con mucho gusto vendré a buscarles.

Desde aquel día, y aludiendo a que *no debía absolutamente nada*, los socios del Círculo Recreativo "La Concordia" le dieron humorísticamente el sobrenombre de *Camello*, animal que, como es sabido, se pasa muchos días sin beber gracias a que, cuando lo hace, almacena agua para mitigar su sed en el momento oportuno.

La vida de Jacinto González era en extremo misteriosa. Vivía solo. No alternaba con nadie. Salía todas las tardes, alrededor de las seis, portador de unos paquetes algo voluminosos que llevaba a no se sabe dónde y regresaba, ya de noche, con una bolsa conteniendo las provisiones que habían de servir para su sustento.

A todos los habitantes de la barriada, singularmente a las mujeres, les intrigaba grandemente el misterio de la vida de Jacinto. Y se hacían múltiples suposiciones, más o menos verosímiles, para explicar quién era, de qué vivía, si era pobre, si era rico, qué llevaba en aquellos paquetes y qué destino les daba.

Pero todos estos interrogantes seguían sin contestación y sin descifrarse el enigma de la vida de aquel hombre.

En más de una ocasión, algunas jovencitas con una indiscreción que sólo podía excusar la irreflexión de los pocos años, se habían acercado a la puerta de la casa o a las ventanas que daban a la calle para ver si lograban ver algo de lo que ocurría en el interior. Pero las ventanas, aun en el caso de encontrarse abiertas, lo que ocurría, muy rara vez, estaban provistas de recias cortinas de terciopelo y por el ojo de la cerradura de la puerta tampoco consiguieron ver nada, ya que estaba dotado de una chapa metálica que impedía los fisgoneos.

Así las cosas, un día que no olvidarían nunca las mujeres de la barriada, recibió "El Camello" una visita inesperada. Fue a eso de las diez y media de la noche. La visitante era una mujer rubia, bellísima, que podría tener unos treinta años.

Hizo sonar brevemente el timbre instalado a la entrada de la vivienda y le abrió Jacinto a los pocos momentos, cerrándose

la puerta tan pronto como hubo entrado la desconocida, dejando así defraudada la curiosidad de las que presenciaban la escena.

La visita no fue muy larga. Pasados unos quince minutos, salió la mujer rubia, encaminándose rápidamente a la esquina de la calle para coger el autobús.

Durante muchos días se hicieron los más sabrosos comentarios. ¿Quién era aquella mujer? ¿Se trataba de alguna aventura amorosa? ¿Era familia de Jacinto? ¿Para qué había ido a visitarle?

Al mes de ocurrir este acontecimiento, se volvió a repetir la visita, aproximadamente a la misma hora que la vez primera. Su duración fue poco más o menos la misma. Con igual sigilo con que había llegado, salió la visitante poco después, dirigiéndose con paso apresurado, lo mismo que el mes anterior, a tomar el autobús.

Se repitió la visita tres veces más, siempre en los primeros días de cada mes. Todo el sexo débil de la barriada estaba picado de una curiosidad que casi le quitaba el sueño. Deseaba saber a todo trance quién era y a qué venía aquella mujer a la casa del misterio, denominación que ya se daba al domicilio de Jacinto.

La quinta y última visita que aquella inquietante rubia hizo a nuestro héroe llenó de desconcierto a todas las mujeres del barrio. Observaron, como siempre, su sigilosa llegada; pero pudieron comprobar que su salida se retrasaba más de lo ordinario. Habían transcurrido ya dos horas y la mujer no salía... ¿Qué había sucedido?... Al dar la una de la madrugada en el reloj de la iglesia, se retiraron decepcionadas. El obsesivo estado de inquietud que les produjo esta última visita duró varios días. Corrió el rumor, pues al día siguiente tampoco la vieron salir, de que aquel hombre debía ser un Barba Azul y que tal vez en una habitación de la casa habría emparedado el cadáver de su víctima.

Se hacían comentarios a todas horas y en todas partes... En el Círculo "La Concordia", en las peluquerías, en las tiendas de comestibles, en los bares y tabernas, en el autobús.

Algunas vecinas estaban ya

dispuestas a llegarse a la comisaría del distrito para denunciar el caso, cuando Pedro Villa, el sereno de la barriada, dijo que la noche de la quinta visita de la enigmática mujer, vio a ésta salir acompañada de Jacinto por la puerta trasera de la casa que daba a un pequeño terreno mitad huerto y mitad jardín perteneciente a la vivienda. Después de que se hubo instalado la visitante en el autobús, regresó aquél a su casa, entrando por la misma puerta. Esta circunstancia había chasqueado a las mujeres que habían estado al acecho de los acontecimientos delante del edificio.

Quedaba, por lo tanto, descartada la suposición de que aquel hombre fuese un Barba Azul.

Transcurrió algún tiempo, sin que ocurriera ningún suceso digno de mencionarse.

Cierto día, la señora Ambrosia, madre política de uno de los peluqueros de la barriada, lanzó la especie de que "El Camello" debía de tener un monedero falso. Apoyaba su hipótesis en que le había visto pagar casi siempre en todos los establecimientos con billetes impecablemente nuevos. El hecho de vestir con alguna elegancia, llevar sortijas de precio y traer siempre en su cesta, como habían observado en muchas ocasiones, provisiones caras, tales como ternera, merluza, champiñón y frutas de buena calidad, ponía de manifiesto que aquel hombre daba muy poca importancia al dinero, toda vez que debía fabricarlo con relativa facilidad... No cabía duda. El misterio que rodeaba la vida de Jacinto era debido a que en el interior de aquel hotelito se confeccionaban los flamantes billetes que permitían a su ocupante llevar una vida fácil. Corroborando esta hipótesis de la señora Ambrosia, no faltó quien asegurara que había oído unos extraños ruidos a horas algo avanzadas de la noche que muy bien podrían ser producidos por una máquina o ingenioso artefacto que fabricaría en serie los billetes falsos.

La atrevida suposición de la señora Ambrosia fue rechazada por la mayoría del vecindario. El haber cambiado billetes nuevos en distintas ocasiones había sido casual. Algunas mujeres aseguraron también que le ha-

bían visto sacar no pocas veces, para pagar sus adquisiciones, billetes bastante deteriorados por el uso... Por otra parte, no podían ser billetes de banco lo que transportaba en aquellos abultados paquetes... Estos debían de contener forzosamente otra cosa. Por consiguiente, había que despejar la incógnita por otros caminos.

Inesperadamente, una campaña terrorista se desató violentamente por toda la ciudad. Estallaron numerosas bombas en diferentes lugares: cerca del Gobierno Civil, en el Palacio de Comunicaciones, en las estaciones del ferrocarril, en distintos consulados extranjeros.

En la barriada de nuestro relato explotaron también una madrugada tres potentes bombas que llenaron de alarma a todo el vecindario.

Al día siguiente, se hicieron comentarios para todos los gustos. La voz popular acusaba a Jacinto González como posible encartado en aquella campaña de terror. Aquel individuo debía ser un terrible anarquista. El secreto que rodeaba su vida era fácil que pudiera ser debido a razones políticas o a que perteneciera a no se sabe qué sectas tenebrosas.

Estos rumores llegaron insistentemente a la Policía. Y Jacinto fue llamado a la Comisaría.

El Comisario, al que acompañaba un agente en calidad de secretario, le sometió a un interrogatorio en el que destacaban cuatro preguntas-clave: *¿De qué vivía? ¿Quién era aquella mujer rubia que le había hecho cinco visitas? ¿Qué era lo que transportaba en aquellos paquetes? ¿Dónde se encontraba la noche que estallaron en el barrio las tres bombas?*

Jacinto González, con la expresión un poco sorprendida frente a aquel cuestionario que ofrecía a su consideración el representante de la autoridad, pero con voz firme y serena, fue contestando de esta forma:

—Señor Comisario: Tengo instalado en mi domicilio un pequeño taller de carpintería... Estuve colocado en un establecimiento de ebanistería que, por reveses comerciales, se vio precisado a cerrar... Quedé sin trabajo... Así permanecí un par de meses, pasados los cuales con unos ahorritos que tenía compré diferentes herramientas e insta-

lé un pequeño taller en mi casa... Me dediqué a fabricar unos sencillos juguetes de madera inventados por mí: tractores, automóviles, caballitos, motocicletas, payasos... Tuvieron bastante aceptación en el mercado... Todas las tardes llevaba la labor hecha durante la jornada a casa de un compañero que se encargaba de pintar los juguetes convenientemente... El secreto con que desarrollaba mis trabajos era debido a que no declaré al Ministerio de Hacienda, a efectos de pago de contribución, mi pequeña industria... No sé si me corresponderá pagar algún tributo. Por fortuna, ya puedo respirar tranquilo: Ayer hice la declaración pertinente a fin de situarme dentro de la ley.

El Comisario le escuchaba atentamente. Después de encender un pitillo, le objetó:

—Le falta ahora comunicarme quién es la misteriosa mujer rubia que le visitaba y dónde se hallaba la noche de las explosiones... Ya sabe que ocurrieron éstas poco antes de media noche.

—Pues verá usted, señor Comisario, a esa hora me encontraba precisamente trabajando con el mayor interés para servir un pedido de juguetes que me habían hecho justamente aquel mismo día y que tenía carácter de urgente... Creo que llevo aquí la nota...

Sacó del bolsillo la cartera y extrajo de ésta una hoja de papel que ofreció al Comisario.

Este, después de leer detenidamente la nota, la devolvió a Jacinto, diciéndole:

—En efecto, coincide la fecha del pedido con lo que ha declarado.

Jacinto no pudo reprimir un gesto de satisfacción y prosiguió su declaración de esta forma:

—La mujer rubia que me visitaba es mi prima Eugenia Rodán González. Hace cosa de siete meses, tuvo a su madre bastante enferma y me pidió que le prestase cierta cantidad de dinero que convino en irme devolviendo en cinco plazos mensuales. Por este motivo vino a visitarme cinco veces a primeros de cada mes, a fin de cancelar su deuda... Me figuro que estas visitas despertarían grandemente la curiosidad de mis vecinos... Pero no pude evitarlas, pues se empeñaba en venir a traerme el dinero en lugar de que fuese yo el que la

buscara para cobrarle, basándose en que no sabía el día exacto en que podía hacer el pago. Su quinta y última visita fue la que despertó mayor expectación, ya que el hecho de que saliéramos por la puerta posterior de la casa, pues quise coger en mi pequeño jardín un ramo de claveles para que lo llevase a su madre, originó, no viéndola salir por la puerta delantera, los comentarios más inesperados, circulando el rumor, que ya conocerá usted, de que yo debía de haberla asesinado.

El Comisario sonrió afablemente. Ofreció, después, un cigarrillo a Jacinto, y le dijo:

—Ha sido usted, en esta barriada, durante varios meses, un personaje de novela policiaca... la imaginación popular, desbordada por los cauces más insospechados, le ha hecho pasar, sucesivamente, por Barba Azul, de vía más o menos estrecha, falsificador de moneda y terrorista, siendo usted un ciudadano ejemplar que no se mete con nadie.

En este momento, después de pedir el oportuno permiso, penetró en el despacho un camarero portador de una bandeja con varios botellines de cerveza y vasos. Venía todos los días a la misma hora. Después de dejar el servicio en la mesa y abrir las botellas, se retiró.

El Comisario invitó cortésmente al declarante:

—¿Quiere un vasito de cerveza?

—Muchas gracias, señor Comisario. Yo no bebo absolutamente nada... No en vano me llaman el *Camello*...

El Comisario llenó un vaso, ofreciéndolo a su secretario, y después, llenando el suyo, bebió ávidamente el refrescante líquido.

Momentos después, Jacinto González abandonaba la Comisaría y se encaminaba a su vivienda entre la expectante curiosidad de numerosos vecinos, que esperaban ansiosamente el resultado de sus declaraciones. El pacífico *Camello* pudo contemplar una multitud de ojos clavados en su humilde persona como si desearan penetrarle hasta lo más hondo del alma. Sintió unos segundos de indignación ante aquellas indiscretas miradas y luego, reaccionando, sacó burlonamente la lengua a los mirones y prosiguió su camino como si nada hubiera ocurrido.